

# MURCIA

Redacción: Avda. Ibáñez Martín, 15 • TELEFONOS: 234000-04-08 y 230797

AIRE ACONDICIONADO CALEFACCION Y GAS

## Termoclima S.L.

INSTALACION Y SERVICIO

Buenos Libros, 3 - Murcia Telf. 242716

M. Ibáñez González lleva siete años estudiándolas en España

## "LAS FOCAS SE VEIAN EN LAS COSTAS MURCIANAS HACE 50 AÑO"

Se debe estudiar la posibilidad de reintroducir la especie"

Juan Manuel Ibáñez González, miembro de la Federación Nacional del Movimiento Ecológico y agrupado en la Asociación Nacionalistas del Sureste (ANSE), sigue dedicándose al estudio de la foca monje ("monachus monachus"). Siete años investigando por España y diferentes puntos de Europa la existencia de este animal del que se conocen tres especies y de las que la más importante, según se comentaba, es la foca fraile o monje. Única foca de la fauna mediterránea, aunque veía ya es muy raro. Las otras dos especies son de las Antillas y la de las islas de Hawái.



Las focas no son extrañas a las costas murcianas. ¿Volverán otra vez a ellas?

maciones precisas sobre la naturaleza, distancia y dirección del objeto en cuestión.

Preguntando al investigador dónde se encontraban estas focas, nos manifestó:

—Se encuentran preferentemente en los islotes rocosos y en las costas acantiladas, en especial si tienen cavernas, periódicamente inundadas por la marea. En nuestros días las focas monje viven generalmente en pequeñas colonias sedentarias de 20 a 30 animales, en grutas de entrada submarina, en cuyo fondo exista una playa de arena. Otras veces estas colonias, con efectivos mucho más importantes, ocupaban frecuentemente playas a cielo abierto en las regiones en donde las grutas eran inexistentes. Una sola explicación lógica tiene este cambio de costumbres: las focas han querido evitar al hombre, su eterno perseguidor. La gran amenaza es el desarrollo del turismo. La célebre gruta de las vacas marinas, la más grande de Cerdeña y uno de los últimos refugios de las focas. Ha llegado a ser uno de los principales lugares turísticos de la región, instalándose allí un malecón, puentes, luz artificial y pista de baile. En una encuesta que hemos realizado en distintos puertos pesqueros de Murcia a viejos pescadores, hemos recogido algunos datos interesantes sobre los lugares que antaño eran frecuentados por las focas. En Cabo de Palos, Luis de la Orden nos dice que entre los años 1928-1930 se veían en «Cala Cañoneros». En el puerto de Portmán, Salvador Sala decía que en 1915 en la Cala del Barco mataron a una foca con dinamita. En Cartagena, Fernando Vela nos contaba cómo entre él y los hermanos Picones cogieron una foca hace veinte años cerca de Cabo Tiñoso. Uno de los datos más interesantes nos lo aportó Jerónimo Ruso Chacopino, nacido en 1902 en la isla de Tabarca, cerca de Alicante, quien comentaba que desde sus años de niño, las focas han vivido en la cueva que hay cerca del pueblo, saliendo de día a pescar. Y se podían ver en algunas de las calas de la isla tomando el sol, volviendo a la cueva al atardecer.

El ecologista Ibáñez nos decía que estimaba conveniente la urgente declaración de «especie protegida» para la foca monje, y que se estudiara la posibilidad de una reintroducción de la especie en nuestras costas, realizándose previamente los estudios pertinentes.

J. L. SALANOVA

### CENTRO DE PROPAGANDISTAS

## MAÑANA, REUNION DE ESTUDIOS

Dentro del ciclo sobre enseñanza, mañana se celebrará una reunión de estudios sobre el tema "Presencia de los cristianos en la escuela: cuestiones para un debate" que será desarrollado por don José Nicolás LaFuente, de la parroquia de Santa Florentina de Saguena.

La reunión se celebrará en el "Edificio Fontanar", calle Arco de Santo Domingo, y comenzará a las 8 de la tarde.

## Cante de Murcia

La vitalidad de Ibarra es algo que podría estallar de un momento a otro. Su maquinaria interior está siempre a toda marcha, soltando un enorme chorro de vapor. Ibarra es un tren. A su lado escuchas, como un rum-rum de cojinetes, poleas, émbolos y todas esas cosas que componen un complejo artilugio, esa sencilla complicación que es el periodista Ibarra. Y cuando toda esa fuerza se manifiesta al exterior, el personaje se hace imparable: impulsivo, desconcertante, vehementemente, sentimental, presuntuoso, humilde, descarado, afectivo y, en fin, toda la gama completa de los sentimientos humanos, en una mezcla explosiva que conforma la personalidad de este niño grande que, de alguna manera, se resume, para quienes no lo conocen, en la aparatividad de su nombre y apellidos: Juan Ignacio de Ibarra y Pérez Nolla. Un nombre para pasar a la Historia.

No hay un Ibarra en Ibarra, sino dos o tres mil. Y cada quien que lo ha tratado, se queda con uno de ellos. Y si lo frecuentas más, puedes disponer de hasta una docena de Ibarras diferentes. Tan capaz es de enfrentarse en duelo de tortas que de recoger a un gitanillo de la calle y llevarlo a un restaurante de lujo; lo mismo se sube a una mesa de la redacción (cuando ha conseguido una primicia informativa) para gritar "¡Soy el mejor!", que llora por desconsuelo por la muerte de un compañero de la competencia; igual se pone a ciento cincuenta kilómetros por hora en un viaje a Madrid (teóricamente confiado en sus indiscutibles reflejos), que toma en sus brazos a un viejo inválido para empujarlo los peldaños de cruzar una calle sin semáforo. Y lo más curioso de todo es que, pese a lo dicho, Ibarra no es una contradicción.

Durante años, Ibarra (que se formó en la profesión a golpes de experiencia, pero que no estaba apuntado en el clan de los periodistas) defendió casi agresivamente la idea que yo comparto, de que para hacer periodismo, no se necesita un carnet del ministerio. Hasta que, un día, su poderosa máquina, fue programada para, fuertemente, en comparación con lo que es habitual, cursar los estudios que le permitirían legalizar su situación. A salto de mata, pero con entusiasmo contagioso, aprobó en la Escuela, una detrás de otra, todas las asignaturas. Y cuando consiguió el carnet, lo despreció y lo guardó en un cajón como un mal menor. Era su venganza contra quienes le habían restregado su calidad de intruso.

En muchas ocasiones, Ibarra es teatral. No puede estar quieto, baila mientras habla, mueve sin cesar los brazos... y, menos mal que Dios le otorgó una voz un poco ronca, pues, de otra manera, rompería los cristales de las ventanas. Pero no es sólo teatral como producto de su naturaleza increíble, sino porque ha mantenido el teatro desde pequeño, de la mano de quien fuera otro personaje entrañable de esta Murcia insólita: su padre. Ibarra enseña declamación en el Conservatorio. Y esa circunscripción, unida a su especial manera de ser, hace que, sentado



en la butaca del Romea, se energe en el examen de los movimientos de los actores, otorgando aprobados y suspensos, pasando de una butaca a otra, inquieto, desazonado, con la máquina a medio gas, esperando impacientemente el entracte para declamar ante quien quiera escucharlo, en la barra del bar del teatro, su juicio (favorable o adverso, pero apasionadamente objetivo).

El único problema de Ibarra para el ejercicio del periodismo es que jamás pasa desapercibido. No es (no puede ser) el periodista silencioso y cauto que espera ladinamente la indiscreción del otro. No, Ibarra trata de provocar la indiscreción. Y si no lo consigue, clama contra sí mismo, se violenta y todos los mecanismos de su máquina crujen de sufrimiento, porque ese día no podrá decir su inocente exclamación de "¡Soy el mejor!". A Ibarra hay que saberlo tratar. Si eres considerado con él, si le pones un poco de aceite y lo estimulas con una palmada en la espalda, traerá a la redacción la noticia que otros no pudieron conseguir, redactada con su innegable oficio, adquirido tras muchos años de práctica. Pero, si prefieres manejarlo con un mal gesto, entonces Ibarra es la revolución. Por nadie pase.

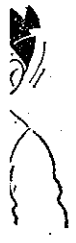
Vamos a ver. Hemos subido al coche de Ibarra, para un trayecto corto dentro de la ciudad. Al llegar al primer cruce, arremete contra un "seiscientos" que casi da la vuelta de campana. Me echo las manos a la cabeza. No hay accidentados, pero se que tengo que echarme las manos a la cabeza. La culpa ha sido nuestra. Tras un frenazo espectacular, Ibarra se baja del vehículo y se dirige decididamente hacia otro coche. Al ocupante del "seiscientos" se le ve mala cara. Sigo con las manos en la cabeza. Hasta que advierto, a través del parabrisas, que Ibarra y el hombre de la mala cara se abrazan efusivamente. No entiendo nada. Cuando regresa, antes de que yo le pregunte, Ibarra me dice: "Me ha invitado a la muerte del marrano, que es pasado mañana".

GARCIA MARTINEZ

Ilustraciones de MUÑOZ BARBERAN

ICO, 29.1.1978

BLE  
VAMOS  
TOA EL  
INTOS



/Buz

activa al que fuere.

licadores del echos huma- constancia de palabra

a los que re portador ara que feste la efica-

voco a los mes apostó- tesiales, mo- y a euan- tojado para de-su fe en Evangelio". On su holo- ue Tertu- os mártires "

jos de vio- trayendo a habra que terrorismo, abnegado ncleron en uestra pa- alleros de de Mon-

ILLAMON JAVARRO

OS

sión no in folio espacio, firmados mbre y al ple a escri- tos con firmar el número e identificación alguna equis- de un tengan tidades ligente. respon- olvers- haya.